

# Julio Castro:

## José Pedro Varela y la Educación

Educador y periodista, Julio Castro escribió sobre variados temas de la realidad social y política de su tiempo.

En diciembre de 1985, *Cuadernos de Marcha* le dedicó un número especial<sup>(\*)</sup>, con prólogo de Miguel Soler, en el que recogió varios de sus textos, y Carlos Quijano encabezó el Capítulo I ("La Reforma Educativa") con estas palabras:

*«Un día nosotros haremos justicia por Julio. Y si el tiempo se nos va, otros lo harán por nosotros.»*

En *QUEHACER EDUCATIVO* publicamos hoy uno de esos textos, escrito en marzo de 1972, en ocasión de un nuevo aniversario del nacimiento de José Pedro Varela.

(\*) "Julio Castro". *Cuadernos de Marcha*, Tercera época, año 1, número 7. Montevideo, diciembre de 1985.

### Cien años después

El domingo próximo se cumple un nuevo aniversario del nacimiento de José Pedro Varela. Hoy todas las escuelas del país dedicarán parte de la jornada a conmemorarlo.

La de Varela debe ser la imagen más familiar que todos los uruguayos llevamos impresa desde la niñez. Cada día en cada escuela, su retrato, siempre el mismo -semiperfil, pelo revuelto, barba enmarañada, gesto firme- preside la jornada. Niños, jóvenes, viejos, cada quien a su manera y a su edad lo lleva, como presencia o como recuerdo. Es el único que ha mantenido, junto a Artigas, esa inalterable devoción escolar.

Pero si todos lo recuerdan, son muchos los que ignoran su participación y su influencia en la vida del país, más allá de su conocida obra de reformador de la escuela.

Su vida pública comienza en el 65, como publicista. En el 67, con su viaje a los Estados Unidos, inicia su acción educativa que termina con su muerte, en el 79. Los últimos años ocupa el cargo de inspector nacional de Instrucción Pública, desde el cual realiza la reforma escolar.

A veces se hace necesario retornar a las fuentes. Ha ocurrido entre nosotros, con el renacer actual del artiguismo, porque en éste está la médula de la nación. También en otro plano y a otra escala, ocurre con Varela. Su ejemplo es cada vez más límpido: sus libros cada vez más jugosos. Lo dominó una idea casi obsesiva: la educación popular: *"No son los malos gobiernos los que hacen la desgracia permanente de las naciones; es el estado social de esas mismas naciones el que marca el tipo que deben tener sus gobiernos"*. Y agrega: *"Es en la sociedad misma, en su constitución, en sus hábitos, en su educación y en sus costumbres donde deben buscarse las causas permanentes y eficientes de la felicidad o desgracia de los pueblos"*.

[...]

Hay que reconocer que la infortunada y breve vida de Varela ha gozado de un permanente reconocimiento posterior. Tal vez mantenido por ese culto infantil a su memoria. Tal vez por la vigencia de sus ideas fundamentales.

Lo cierto es que por todo un siglo el impulso educativo que él inició, con altibajos y cambios de rumbo, ha continuado. La escuela es una de las pocas instituciones oficiales que ha mantenido, en larga frecuencia un ritmo de progreso. Responde a una necesidad colectiva y creciente y además está vinculada, como ninguna otra institución pública, a la vida de los hogares. La incompetencia, la desatención, el abandono y aún la corrupción que la ha afectado en su estructura oficial no han minado los alcances de su misión educativa, ni su eficacia como institución de cultura popular. Las escuelas tal vez por la presencia de los niños, mantienen una pureza original que resiste a la polución invasora.

Cien años después estamos frente a parecida situación: la triple crisis, es más que triple; también es más profunda. La obsesión vareliana de la cura del país por la vía de la educación popular ha dado frutos de valor muy relativo. El país ha reducido el analfabetismo a cifras insignificantes. En cambio no ha eliminado "el analfabetismo de los que saben leer" y mucho menos ha formado una conciencia ciudadana plena. Todavía, a pesar de los esfuerzos de escuelas y liceos, los vendedores de espejitos siguen haciendo su agosto.

Saber leer no basta. Hay que participar. La formación ciudadana no es un producto del conocimiento; es una actitud que se crea y se mantiene con el ejercicio. La educación popular deviene así en participación popular. Y esa participación debe extenderse a todas las manifestaciones de la vida colectiva.

[...]

Los impugnadores del estado actual de la enseñanza, especialmente a nivel medio, mantienen una tesis aislacionista. Debemos volver a los buenos tiempos del estudio por el estudio mismo; al margen y por encima de la realidad; al aula como templo del saber; al conocimiento sistemático; al régimen de convivencia y disciplina tradicionales; a la autoridad incuestionable del magíster; al respeto y acatamiento del sistema, sus instituciones y autoridades.

Sostienen sus ideas en nombre de la laicidad, aprovechando el prestigio tradicional de la palabra pero desfigurando su sentido.

Los adversarios -en general la gran masa de profesionales de la enseñanza- mantienen el principio ya tradicional también, de la escuela en la vida y para la vida. Es decir: la educación no es una ciencia autónoma, sujeta a las leyes independientes de las contingencias del vivir, como son las ciencias exactas. Se nutre y cobra su sentido con la vida misma y sus instituciones; debe estar abierta a las manifestaciones más variadas de la sociedad. Debe participar en múltiples formas de la vida colectiva y extraer los elementos fundamentales para la formación del hombre del ámbito histórico-cultural que la rodea.

En cierto modo las distintas posiciones recuerdan la polémica famosa entre Carlos María Ramírez y José Pedro Varela. Y no dejaría de ser beneficioso para ambos grupos de contendores refrescarse en aquella vieja fuente de inspiración.

En el momento en que amenazan con una revisión del régimen educativo, cometen el error imperdonable de plantearlo por vía de imposición. Olvidan las consecuencias recientes de la intervención por decreto y de los excesos que se cometieron. Olvidan que en definitiva la imposición es una provocación y que ésta no quedará sin respuesta.

Van además contra el tiempo. Porque los cambios ocurridos en los institutos de educación no tienen retorno. Es posible mejorarlos, ajustarlos, corregir errores y excesos. Pero no se puede volver atrás. Un aspecto muy grave de la crisis generacional de este tiempo es la resistencia al cambio que ofrecen los mayores y su incompreensión frente a las reacciones juveniles que esa resistencia provoca.

Se inspiran por último en el mantenimiento de un sistema institucional y político-social caduco. Y lo que es peor, pretenden formar a los jóvenes dentro de sus moldes. La contradicción, como se comprende, lleva inevitablemente al desastre.

Al otro lado, los que están al ritmo del tiempo presente aspiran a nutrir la enseñanza con los elementos que ofrece la vida misma en su cambiante proceso y hasta cierto punto en su destino de aventura. Y, como se comprende, esta proyección que mira hacia adelante y no hacia atrás, no se compadece con las formas tradicionales de la vida escolar, ni con sus métodos, procedimientos y programas.

[...]

*Marcha*, 17 de marzo de 1972